

sicion de su imperio, por la desobediencia y las discusiones de sus hijos Soliman y Mohammed, cayó en una tristeza invencible, y cesó de creer en la restauracion de su propia soberanía.

En efecto, el imperio, herido de muerte en una sola batalla, caía hecho pedazos ante sus ojos. Remontemos hasta el dia siguiente de su derrota de Ancira ó Angora, y sigamos rápidamente los pasos de los vencedores y los desastres del vencido.

LIBRO OCTAVO

I

Ya se ha visto que en el momento en que Bajazet no peleaba mas que por la gloria ó por morir sobre los cadáveres de sus diez mil genizaros, habia mandado á sus hijos que se libertaran del hierro de Timur y que buscaran su salvacion en la velocidad de sus caballos. Su hijo primogénito Soliman, seguido por algunos generales adictos y por el gran visir, despues de haber atravesado con dificultad por los senderos mas inaccesibles el grupo de montañas que se

paran á Angora de Jenischyr, habia llegado á Brusa tan pronto como la noticia de la derrota de su padre.

Pero la prontitud de Mohammed-Schah, nieto de Timur y el mas querido de sus descendientes, no habia dado lugar á Soliman para que salvara los objetos preciosos que encerraba en Brusa el palacio de Bajazet Ilderim. Cuando tocaba Soliman á las puertas de su capital, los treinta mil caballos tártaros de Mohammed-Schah, que habian hecho en cinco dias, casi siempre al galope, el camino desde Angora hasta el monte Olimpo, habian entrado, cual torrente desbordado, en la ciudad, y habian forzado al infortunado Soliman á que saliera fugitivo por otra puerta. Atravesando rápidamente en un caballo de refresco la llanura que separa á Brusa de los Dardanelos, Soliman no habia tenido tiempo mas que para desatar una barca de pescador de la costa de Asia y refugiarse casi solo en la Europa.

Mohammed-Schah y sus tártaros saquearon sin resistencia la magnífica capital del nuevo imperio. Los palacios, las mezquitas, las escuelas, con que habian embellecido la ciudad los dos últimos reinados, fueron trasformados en cuadras para los caballos de la escolta de Timur. Los tesoros, tan estérilmente acumulados por Bajazet, la vajilla de oro y plata, las armas, los brocados y las alfombras tegidas por las

mujeres de Caramania para sus divanes, habian sido divididos entre los vencedores y servian, los unos de colleras, los otros de cama á sus caballos. Mohammed-Schah se habia llevado del haren de Bajazet sus mujeres, sus hijos, sus esclavas favoritas, y hasta la hija de Djelair, prometida á su hijo Mustafá, cuyo cadáver buscaba en vano bajo los montones de muertos que cubrian la llanura de Angora. Pero Mohammed-Schah, imitando á Timur, al conducir consigo aquellas cautivas, habia respetado su sexo y su desventura. Aun respecto de sus prisioneros, los tártaros, como los turcos, contemplaban en las mujeres la debilidad, la virginidad y la maternidad, esos tres sellos de Dios; Mohammed-Schah las habia enviado con buena escolta á su abuelo Timur, para que dispusiese de ellas segun se le antojase, bien fuera volviéndolas á Bajazet, bien fuera encerrándolas en el haren de Samarcanda. El jóven vencedor habia sacado al mismo tiempo de las prisiones de Brusa á los príncipes de Caramania, tenidos en cautiverio por Bajazet.

Despues de haber dispuesto de tal manera la distribucion del botin y la seguridad de las mujeres, Mohammed-Schah, habia incendiado á Brusa para obedecer al resentimiento de Timur y borrar de la tierra la plaza del imperio que habia osado desafiar el suyo.

El Mediterráneo, los Dardanelos, la Propóntide y el Bósforo habian visto elevarse durante cinco noches y cinco dias las llamas y el humo de aquella vasta hoguera humana al pié del Olimpo. Sin embargo, en el saqueo que habia precedido al incendio, los tártaros habian perdonado la vida á los habitantes; sabiendo con cuanta solicitud exceptuaba Timur de las calamidades de la guerra á los hombres ilustres por su ciencia, sus letras ó su virtud, Mohammed-Schah puso en libertad al santo scheik Bokhari, al profundo jurisconsulto Schemseddin, y al teólogo Djezeri, luz y gloria de la capital de los otomanos. Timur los recibió en Kutaiah, ciudad adonde habia trasladado su tienda imperial, y los colmó de distinciones para decidirlos á que fueran con él á Samarcanda. El scheik Bokhari, que se habia casado con una hermana de Bajazet, enamorado de su fama, rehusó abandonar al cuñado en su infortunio; Djezeri, á quien no contenia ningun lazo de familia, consintió en desterrarse siguiendo al conquistador á la capital de la Transoxiana. Timur lo nombró mas tarde *molla* ó juez supremo de Samarcanda; él le confió el sello del imperio, este canciller extranjero fué, segun opina Scherifeddin, quien redactaba y leia en la asamblea general de los tártaros los actos legislativos de este Carlomagno del Asia.

II

Cuerpos de caballería tártara, lanzados por Timur y por su nieto contra la ciudad de Nicea y hasta las costas europeas, persiguieron por todas partes á Soliman y á los otros hijos de Bajazet, que procuraban alcanzar á los últimos soldados de su padre. Estos débiles núcleos no hallaron refugio mas que en las montañas de la Tracia y del Asia Menor. Mohammed, sin enemigos ya, se apartó de las ruinas de Brusa, se incorporó con la vanguardia del ejército tártaro en la cuenca de Jenischyr, y celebró, en presencia de su abuelo y del sultan cautivo, su matrimonio con la hija mayor de Bajazet, quien de cautiva que era se convirtió en su esposa.

En el momento en que aquel matrimonio iba á mezclar la sangre de Timur con la de Othman, fué presentado á Timur con pompa el haren de Bajazet, precedido de bailarinas y de músicos, y devuelto á este con magnificencia. Timur mostró especialmente el mayor respeto á la princesa de Servia, hermana del héroe Lázaro y mujer principal del sultan. Esta

emperatriz, que habia practicado hasta entónces con libertad la religion cristiana en el palacio de su marido, cediendo á la necesidad, abjuró en Kutaiah la fé de sus padres y abrazó, por adherirse á la desgracia que queria compartir, el culto de su esposo y su vencedor.

III

El delicioso valle de Kutaiah, señalado para punto de reunion de todos los hijos, de todos los generales y de todas las tropas de Timur al volver de sus expediciones á todas las provincias del Asia otomana, fué ilustrado entónces con las fiestas que coronaban todas las campañas del conquistador. Timur, despues de haber mandado decapitar sin piedad, y sin consideracion á sus servicios á los jefes y soldados que habian deshonorado la victoria con crímenes contra el Coran ó contra la conciencia humana, convidó á un banquete nacional á todo su ejército. El mismo Bajazet tomó en él asiento al lado del khan. Esclavos innumerables de todos los países, vestidos de diverso modo, sirvieron de escanciadores á los tártaros. El

vino de Schiraz y de Chipre corrió á torrentes. En aquel tiempo no se practicaba con severidad la ley del islamismo que proscribe como un pecado el uso del licor que embriaga, aunque da también la cordialidad, la fuerza y la alegría. La Persia habia acostumbrado á él á los tártaros; la Grecia y las islas del Archipiélago á los otomanos.

Timur envió desde allí embajadores á Egipto y á Constantinopla para mandar al sultan Mamluk que grabara en lo sucesivo su efigie en la moneda, y para exigir del emperador de Bizancio el tributo que los griegos pagaban mucho tiempo habia á los turcos. Otro embajador de paz fué enviado á Soliman, hijo primogénito de Bajazet, que se habia hecho fuerte en el castillo de Guzeldje-Hissar, fortaleza inexpugnable de la costa de Asia, donde aguardaba el reflujo de los tártaros para reconquistar el desmembrado imperio. Timur, en su mensaje, convidaba á Soliman á venir con confianza á reconocer en él, no al vencedor, sino al protector de su padre Ilderim.

Soliman respondió por medio de Ramazan, embajador suyo, y de un rico tributo de caballos turcomanos y de aves de rapiña, amaestradas para la caza, que envió con él.

« Dí á tu señor, respondió Timur á Ramazan, acogiendo con favor su tributo, que he borrado de mi

« memoria lo pasado; que venga pues á recibir él
« mismo pruebas de reconciliacion y de mi amis-
« tad. »

Solo se mostró implacable contra el general de Bajazet, Timurtasch, cuyo orgullo ofendia el suyo, y cuyas posesiones, iguales á las de un sultan, cubrian la Capadocia y la Caramania.

« ¿ Con qué intenciones has acumulado tantos te-
« soros? le dijo severamente Timur. No valia mas
« gastarlos en servicio de tu soberano para ayudarlo
« á preservar de mi cólera sus estados, su trono y su
« familia? Los ministros y los generales que se enri-
« quecen arruinan los imperios. »

Torpe de lengua, ó insolente carácter, Timurtasch respondió para disculparse :

« Mi emperador, dijo al pastor tártaro, convertido
« en rey de reyes, no es emperador de ayer; para
« pagar sus tropas no necesita del oro de sus genera-
« les ni de sus ministros, como los príncipes advene-
« dizos que ántes de poseerlo todo, no poseian
« nada.

« — Insolente! replicó Timur, tú expiarás esa in-
« juria con la pérdida de tú libertad, la de tu familia
« y la de tus bienes que iba á devolverte. »

La cautividad de Timurtasch y de sus hijos, junto con la confiscacion de sus innumerables tierras, esclavos

y ganados fué la consecuencia de esta réplica. De la opulencia de un sátrapa cayó en la indigencia de un dervis. Pero la fortuna no se habia desprendido para siempre de este héroe de los otomanos; Timur no queria herir sin remision al que era el azote mas terrible de los cristianos. Lo veremos elevarse otra vez al poder.

IV

Despues de estos actos de clemencia y dureza, pareció que Timur vacilaba entre su regreso á Samarcanda y la visita del nuevo imperio que acababan de conquistar sus hijos en el Mediterráneo.

Decidióse por fin á prolongar su campaña y á continuar su marcha hácia el golfo de Esmirna. Políticamente vacilaba del mismo modo en restablecer en su imperio á Bajazet ó en guardarlo cautivo. Por una parte, el carácter heróico é impetuoso de Ilderim le hacia temer la restitution de semejante cabeza y semejantes brazos á los otomanos; por otra, las disensiones de los tres hijos de Ilderim, buscando partidarios que los ayudaran á reconquistar su trono,

podian debilitar de tal suerte á los otomanos que la fé comun padeciera y que la victoria de Timur fuese la victoria de los cristianos y la ruina del islamismo en Europa.

Para prevenir esta decadencia prematura del ascendiente de su raza en el Norte del imperio, Timur otorgó á Soliman, por medio de otra embajada, la soberanía de las provincias de Europa, reservando el Asia bien fuera para Bajazet, cuando le restituyera la libertad y el trono, bien fuera á alguno de sus hijos ó á los príncipes turcomanos de la Caramania.

V

En el momento en que Timur flotaba indeciso entre la vuelta á Samarcanda y algunos pasos mas en la via de sus conquistas en Anatolia, un interés á la vez religioso y político lo llamó inopinadamente á nuevas playas y nuevas empresas.

Se ha visto en el curso de esta narracion, que las cruzadas habian dado lugar á la fundacion de reinos precarios y principados feudales en diferentes partes del Oriente, en Jerusalem, Tiberiades, Da-

masco, Antioquia, el Peloponeso, Chipre y las islas del archipiélago griego. Estos reinos y estos principados, despojos de la guerra contra los kalifas, no habian tardado en ser recobrados por los emires, por los sultanes, por los generales de los árabes, de los egipcios, de los turcos, y por fin de los tártaros. El flujo de la Europa cristiana hácia el Oriente, rechazado y desalentado por tanta sangre, inútilmente vertida, habia disminuido y se habia por último parado. Al avanzar y establecerse sólidamente en el Asia Menor, los turcos levantaban al cabo de un siglo escaso un baluarte inexpugnable del islamismo en aquellas comarcas. El miserable resto del imperio bizantino que subsistia aun nominalmente en el Bósforo, y cuyo territorio habian violado los mismos cruzados, saqueado su capital, asediado las ciudades, desmembrado las provincias con el pretexto de extirpar la heregía, era el único vestigio que quedaba de la dominacion cristiana en las costas del Asia. Los turcos, con una tolerancia propia de su dogma y de su política, y que atestigua en todas partes la historia, habian dejado á las poblaciones cristianas de la Persia, de la Servia, del Libano, del monte Athos, de la Bulgaria, del Archipiélago, del Asia Menor y de la Tracia, su culto, sus sacerdotes, sus monasterios, sus templos, á excepcion de algunas iglesias monumen-

tales que habian convertido en mezquitas para glorificar con ellas su propia religion.

Salvo el derecho del gobierno político y el derecho de empuñar las armas, no habia entre musulmanes y cristianos otra diferencia que la del título de pueblo conquistador y pueblo conquistado. La prueba evidente de esta tolerancia civil y religiosa de los musulmanes con las poblaciones cristianas sometidas entonces á su dominacion, no necesita mas testimonio que el de los hechos. Desde Bagdad y Damasco hasta el Danubio, y desde la extremidad del Ponto Euxino hasta el fondo del Adriático, la Persia, la Siria, la Colchida, la Capadocia, la Bithinia, la Tracia, la Bulgaria, la Servia, el Peloponeso, la Albania, estaban cubiertos de ciudades, de villas cristianas, á las que los vencedores no habian impuesto jamás la opcion atroz entre el islamismo y la muerte, con que los instigadores de las cruzadas excitaban y alimentaban la indignacion popular del Occidente. Estas ciudades, estas villas, estas poblaciones políticamente subyugadas, pero libres en sus creencias y en su culto, florecian, trabajaban, comerciaban, navegaban y se multiplicaban tan libremente bajo la dominacion musulmana como bajo la bizantina. La prueba de que podian existir, es que existian, y que en aquella época, como en la actual, el número de

los pueblos cristianos, incrustados en el Imperio Otomano excedia mucho al de la poblacion turca. Los cristianos del Occidente no eran pues llamados á Oriente por la piedad generosa de hermanos que van á arrancar á sus hermanos de la apostasia ó el martirio. Esta verdad comenzaba á penetrar en el Occidente, apesar de las exageraciones de los frailes y de los peregrinos. La Europa por otra parte, ocupada en sus intereses, en sus ambiciones y guerras intestinas, no tenia bastante tiempo ni bastante fanatismo, ni bastante sangre para ir á pelear eternamente contra los sectarios de un profeta de Arabia. Veía como los reyes de los servios, de los húngaros, de los búlgaros, y los emperadores griegos de Constantinopla, las repúblicas cristianas y católicas de Venecia y de Génova, los príncipes y los duques de la Morea, hacian tratados, contraian alianzas, pagaban subsidios, prestaban flotas y soldados á esos otomanos, que se pintaba como verdugos de los cristianos; y poseian en medio de ellos islas, provincias, puertos, industrias, comercios libres, que eran otros tantos testimonios que desmentian cuadros tan sombríos y exagerados. Estas mezclas de dos razas, esta promiscuidad de territorios, costumbres, política y religion; este espectáculo cotidiano en el Mediterraneo de las relaciones mas amistosas y mas útiles

entre los venecianos, los genoveses, los sicilianos, los jonios y los turcos, desacreditaba diariamente y cada vez mas la antipatía por mucho tiempo popular entre los reinos cristianos y el imperio musulman. El mismo pontificado comenzaba á tratar con los sultanes, y no estaba léjos el momento en que el papa Alejandro VI recibiese subsidios de un Bajazet para libertar á precio de oro el imperio otomano de un competidor al trono, que podia introducir la anarquía en el imperio.

VI

Entretanto, el espíritu de las cruzadas que se extinguía en las córtes, en los pueblos y en la misma Roma, subsistía todavía, aunque débilmente entonces, en una institucion singular, monacal, aristocrática y militar juntamente de que la historia antigua no ofrece ningun ejemplo, y la moderna parece que no ha de guardar ningun vestigio; especie de asociacion ó república soberana entre la nobleza de los diferentes estados cristianos de Europa; que confundía todas sus diversidades de nacionalidad, de patria

y de raza en una unidad de zelo para conservar y propagar la fé por medio de las armas; que elegía ella misma á su soberano vitalicio en un conclave de soldados; que neutralizaba en medio de los mares una roca, un puerto ó una isla, para guardar allí, como vestales de la sangre humana, el fuego eterno y sagrado de la guerra; que poseía con este título dominios privilegiados é inalienables, bajo el nombre de encomiendas, en todos los Estados del Occidente, y que hacia religiosamente el voto de exterminar sin piedad á los infieles. Si los otomanos hubieran tenido semejante institucion en el islamismo, ¿qué no se hubiera dicho, y con razon, de su incompatibilidad, no solo con el cristianismo, sino con todo el género humano?

Esta institucion, heróica y bárbara, era la órden de San Juan de Jerusalem, conocida comunmente bajo el nombre de caballeros de Rodas y caballeros de Malta, por las dos islas célebres que han ilustrado.

VII

La órden militar y religiosa de los caballeros de San Juan de Jerusalem habia sido el último suspiro

de la caballería después de las cruzadas. Un triple espíritu animaba entonces á la nobleza europea, el espíritu de la fé, el espíritu de la guerra, el espíritu de aventura. Lo que se llama el caballero habia nacido de estos tres espíritus juntos. El corazon piadoso, el brazo guerrero, la imaginacion quimérica; estos tres elementos constituian el perfecto caballero cristiano. Religion, guerra y gloria eran sus tres almas. La Europa era jóven, era aun poco cristiana, salia de la barbarie, tenia aun en su nobleza un resto de su impulso hácia las conquistas que la habian guiado de la Tartaria, del Cáucaso á la Germania, á las Galias, á la Italia, á la España; amaba los climas remotos, las islas desconocidas, las empresas fabulosas, las conquistas ilimitadas, las coronas de la tierra y la corona inmortal del cielo. De estos instintos nació la caballería con sus virtudes y sus vicios. La religion se habia apoderado de ella y la habia convertido en milicia suya cuando los soberanos comenzaban á abandonarla; en vez de reconocer á su señor en los reyes, habian elegido á Dios por soberano, y al papa, vicario de Cristo, por protector.

VIII

El establecimiento de los hospitalarios en Jerusalem, remonta á los primeros siglos de la era cristiana. En el reinado de Constantino, existia ya un hospicio en la ciudad santa para recibir á los peregrinos que visitaban el sepulcro de Jesucristo; en el séptimo siglo, después de la muerte de Mahoma, sus sucesores Alí y Moawiah, luchando por la supremacia religiosa, agitaban el Asia con sus guerras. Mas tarde fué conquistada la Palestina por los sarracenos, de la secta de Alí, que gobernaban el Egipto. Durante trescientos años, los kalifas fatimitas, ó soldanes del Egipto, permitieron á los cristianos de Jerusalem ocupar el cuartel inmediato al santo sepulcro, exigiendo únicamente el pago de un tributo. Anteriormente, hácia el siglo nueve, el kalifa Harunal-Raschid, movido por la fama de Carlomagno, habia querido celebrar una alianza con este monarca.

Eginhard cuenta que le envió las llaves del santo sepulcro y de la iglesia del Calvario, con un estan-